

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



LA INAUGURACIÓN

María Inés Krimer

LA INAUGURACIÓN



Primera edición: agosto de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Inés Krimer

ISBN: 978-84-123794-4-0

ISBN digital: 978-84-123794-5-7

Depósito legal: M-23127-2021

Real Noir Ediciones

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

A Óscar

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

PRÓLOGO

Esta es una de esas raras novelas que, además de contar excelentemente una historia, acaba contando sin panegíricos y panfletos, un país. Poderoso artefacto narrativo que no intenta aleccionarnos, narra desde dentro una lucha personal, enmarcada el otra lucha mucho más amplia y difusa.

Si lees la sinopsis que ofrecemos en contraportada, sabrás que narra el cautiverio de una chica, casi una adolescente, en una pequeña casa perdida en la inmensidad de la Pampa Argentina; en realidad es una estación de paso hacia el punto de prostitución que le tengan reservado sus captores.

Y eso es cierto.

También lo es la pugna y la contradicción que se establece entre la joven protagonista y otra mujer, muy golpeada por la vida y en el cuadrilátero, una efímera campeona de boxeo, relegada hoy a ejercer de celadora en esta cárcel de mentira en la que la miseria es muy real.

Pero hay otra historia de fondo, de la que da buena nota María Inés Krimer y que tal vez pudiera escaparse al lector europeo.

Un mar verde y voraz

Para quien, de este lado del charco, no conozca la Argentina o la conozca solo de una visita turística y fugaz, el país es el

relumbrón de las luces de Buenos Aires y el orgullo con que luce la etiqueta prestada — que tantos nos gusta repetir— de ser «la capital más europea de América del Sur».

Y todo eso es cierto, desde luego. Sobre todo la condición de metrópolis dentro de su propia nación, en la que todo converge en Buenos Aires.

Esa misma postal suele contener una vaga visión en la cual figuran (por visita directa o por ser esa visita que nos quedamos con ganas de hacer) los glaciares del Sur y al Norte las cataratas del Iguazú, dos formas que tiene el agua le demostrarse viva y recordar que podría matarnos si quisiera.

Y como telón de fondo o tapete de una interminable partida de juego que la mayoría desconocemos, a la Pampa, todo ese verde mar salpicado de vacas que miran con mansedumbre (o quizás resignación, vaya uno a saber lo que piensa una vaca).

Como trasfondo de *La inauguración*, una lucha de lo que se denominaba en sentido amplio y casi bucólico «el campo» contra el gobierno en la primera década del siglo XXI.

Recurriendo una vez más a las imágenes tan utilizadas como insuficientes, el campo otra era figura amable del *gaucho* (igual al que quizás has visto bailar el malambo con sus boleadoras en un restaurante para turistas de Buenos Aires) pero casi nunca levantarse, como el verdadero trabajador del campo, cuando la todavía no sueña siquiera con ser día, para tratar de arrancarle a ese mar verde y voraz lo necesario para la supervivencia.

En esa enormidad de cientos de miles de kilómetros cuadrados y repartida en muchos menos latifundios, en el campo argentino ha residido durante mucho tiempo un poder callado, de apellidos mezclados entre españoles e ingleses, una

oligarquía que ejerció y ejerce aún de aristocracia en un país que se dijo República hace ya mucho tiempo.

El que suscribe, como cualquier otro nacido en Argentina que haya pasado un tiempo en Europa, habrá escuchado en distintos idiomas la misma pregunta que suena a acusación: «¿Cómo un país tan rico en materias primas puede ser pobre?». Eso. Cómo.

Desde su propio nacimiento, lo que primero fue el Virreinato del Río de la Plata era un gran productor de materias primas que partían con rumbo a Europa y luego volvían manufacturadas con un valor añadido muchas veces superior. Esa condición prodiga de la naturaleza local de valió al joven país apodos que todavía recordamos y repetimos (como quién gana algún trofeo deportivo en la infancia y lo recuerdas ya anciano): fuimos «El granero del mundo», y lo fuimos especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, cuando abastecimos de alimentos a una Europa empobrecida por la sangría del conflicto. En aquella época comenzó también un serio intento de industrialización nacional, ya que si tenías las materias primas al alcance de la mano, parecía lógico tratar de manufacturarlas tú y vender los artículos ya terminada a otros países. Un intento que supuso que convergiera en la metrópolis de Buenos Aires buena parte de una población empobrecida de la inmensidad verde (y de otros colores, como el amarillo reseco de parte del Norte), en busca de un trabajo más seguro y el sueño de un mínimo espacio propio. Por qué en el campo casi todo pertenecía a los patrones, que copiaban el modo campechano y las vestimentas del *gaucho*, antes de ir para pasar los inviernos en el verano europeo y viceversa.

Esa Argentina industrializada llegó a preocupar a algunos de sus fuertes competidores, como el poderoso vecino brasi-

leño, que a comienzos del siglo había sido designado por los capitanes de la industria europea y norteamericana como el país que debía realizarse en América del Sur.

Ese el proceso de industrialización fue dismantelado concienzudamente, pero había enraizado lo suficiente como para que fueran necesarios muchos años para liquidarlo, el último hachazo quizás (o penúltimo) con la dictadura encabezada por el general Videla en 1976, que cambio producción por importación.

El campo y el poder del campo seguían allí, que tradicionalmente solía ser un poder callado, poco propenso a poner en evidencia su fuerza, pero con la llegada del siglo XXI, se sintió en la necesidad de reivindicar sus privilegios, adoptado incluso por momentos las medidas de protesta en otros tiempos criticadas al «populacho», que fueron desde cortes de carreteras hasta la quema de cosechas, en un intento de restablecer una relación de fuerzas tan vieja como el país. Un pulso que se sigue repitiendo incluso en el momento de publicar esta maravillosa novela de María Inés Krimer, que pese a ocurrir dentro de la pequeña casa que antes mencionaba, nos lleva siempre fuera de ese entorno, al altavoz de ese camión que anuncia constantemente la inauguración de la Rural, la exposición anual y mayor feria de ganado de la Argentina, en la que ese poder se hace presente por tradición, y donde se compran y se venden soberbios ejemplares bovinos que son el orgullo del país, aunque no muy lejos y a veces con esos mismos dineros, se financian historias como la de la chica que protagoniza esta novela.

El orgullo de la Patria

Con ese marco de fondo casi sonoro, la protagonista va narrando su historia, la de un encierro en el que desemboca tras

huir de una vida familiar en Buenos Aires que tampoco había sido un cuento de hadas. No sabía que viviría una película de terror, pero también de lucha. Más por instinto de supervivencia que por experiencia propia, se amolda a su condición de cautiva, descubre los puntos débiles de esos guardianes, y, como sabe que será tratada como carne, utiliza también el deseo y su juventud como un arma, por momentos ingenua, pero la única que dispone.

La otra protagonista femenina es esa carcelera, esa pequeña mujer que supo ser poderosa físicamente en un mundo de hombres, pero también terminó muy pronto derrotada.

La lucha entre ambas hace que esta novela siga provocando reflexiones mucho tiempo después de haberla terminado de leer. Y mucho tiempo después, se sigue escuchando de memoria el camioncito que desde unos afónicos altavoces anuncia la pronta inauguración de la exposición Rural, orgullo de la Patria.

María Inés Krimer es una de esas narradoras, intuyo que meticulosas, y que, sin embargo, logra que al leerla todo el discurso y el texto te parezca natural (orgánico diría si no fuera que se usa tanto esa palabra, pero en este caso está justificada). Sus protagonistas femeninas resultan tan humanas y alejadas del arquetipo, que las temáticas que aborda y que suelen estar relacionadas con la opresión de la mujer en el mundo y en el país, calan hondo, quizás porque no te impone la moraleja anticipada de la denuncia. Sabes que eso que cuenta ocurre, que sigue ocurriendo.

No es casual que *La inauguración* mereciera el prestigioso Premio Letrasur, porque la historia que narra está contada de la manera más difícil posible para alguien que escribe, es decir, de la mejor manera para quien lee: tiene uno la sensación de

que está pasando en este momento y lugar lo que se cuenta, aquí no hay artificios narrativos calculados, hay novela viva y, sin embargo, con una historia que te agarra de las pestañas si no te suelta hasta el final.

CARLOS SALEM

Los habían tomado a su servicio
por la sencilla razón de que no eran basura.

FLANNERY O'CONNOR

Buena gente de campo

UNO

—Ya me vas a contar —dice Buby.

El camino todavía está blanco por la helada cuando toca *Inicio* con la punta del cuchillo. Es el verijero que usa para castrar, con mango de plata labrada. Me deslizo con movimientos lentos, como la bailarina de un ballet acuático. Las zapatillas se adhieren a la banda de goma. Los gemelos empiezan a doler. «¿Conocés la dieta de la luna?», pregunta Buby y dibuja una curva en el aire. La cinta se mueve más rápido. Trastabillo. Me aferro a la barra de metal. Inspiro por la nariz. Largo el aire por la boca. Giro la cabeza y miro a través de la ventana. Ahora el sol ya aparece entre las nubes y la luz hace brillar los cromados de la Toyota, estacionada a un costado de la casa. El viento empuja las hojas de los eucaliptus contra la galería. Dos gallinas picotean. Entre el campo y la ciudad no hay nada, solo las vacas y el corral de los chanchos. «Se bajan dos kilos en una semana», dice Buby. Se humedece el labio inferior mientras se acomoda la escarapela en la camisa Cardón, recién comprada.

—Ya me vas a contar —repite.

Pasa la yema por el filo del cuchillo. Lleva la vaina metida en el cinturón, cruzada en diagonal sobre la espalda. Insiste: «Ya me vas a contar». Afuera la seca se hace visible para cualquier ojo, el pasto amarillo, los cardos quemados. Una vaca entra por el brete. La de atrás viene empujando. La rampa de

madera sube y la que va adelante patina en la bosta líquida. Se enfrenta con la que viene atrás, obligándola a retroceder.

—Primero el ejercicio —dice Buby. Agrega—: *Mens sana in corpore sano*.

Pasa a *Quemagrasas*. El chimango levanta vuelo, espantando una bandada de avutardas. Mis pulsaciones aumentan. Las piernas me tiemblan. El corazón parece que se me va a salir del pecho.

—Así no podés ir a la Rural —dice Buby y acciona el *Stop* con la punta del cuchillo.

La máquina se para de golpe. Caigo y me golpeo la frente.

—Creías qué te ibas a escapar.

Niego con la cabeza. Me incorporo tratando de recuperar el equilibrio. Una sangre oscura y espesa baja desde la ceja al párpado. Entrecierro el ojo. Todo está borroso. Con el otro veo un caballo con un bultito recortado en el horizonte y me aferro a esa imagen como un salvavidas. Estoy empapada cuando Buby toca *Pendiente*. Tengo que pensar. Rápido. Cómo me metí en todo esto. Cómo llegué hasta acá. Me parece estar viendo todo como en una película, yo sentada en un banco de Retiro, los animales en un camión jaula, el robo de la planchita, el monumento a la madre, papá comiendo en la cocina, el ojo blanco del Chino, la casa entre las sierras, las uñas de Nina, el pelo chamuscado, la pava en la hornalla, el ruido de la motosierra, la chica hundiéndose en el agua, el libro perdido, el fuego de la salamandra, el olor ácido del baño, Cintia, el golpe seco del capó, la mano en la entrepierna, los cuerpos en la ambulancia, la lluvia pegando en la chapa acanalada. Recuerdo que salí a la ventana de la comisaría al escuchar la canción de Gilda y cómo a medida que me acercaba éramos cada vez más y cuando volví me vi sola, aunque estaba el policía con la mujer comentando el paso

de la banda. Recuerdo la virgen bamboleándose en la tarima, los envases esparcidos en el piso, las latas de gaseosas vacías, los tachos de basura desbordados. El chico de la pechera roja. Las bocinas ahogadas de los autos. Recuerdo que al salir miré hacia todos lados y que mis piernas buscaron la terminal de ómnibus antes de darme cuenta de que no tenía plata y enfilarse hacia la ruta. Sigo corriendo con una mano aferrada a la barra y con la otra intento limpiarme la sangre de la cara. Buby me agarra el mentón y me obliga a mirarlo.

—Corré, turríta.

Ahora la cinta se desliza más rápido. Unos relámpagos cortan el cielo y la tormenta parece estar más cerca, a la altura del tanque australiano. Con la cerrazón, el caballo levanta las patas como saliendo de la oscuridad y gira hasta quedar de frente, hasta hacer ver otra vez el cuerpo del jinete. Buby se pasa la lengua por los labios. Mira al jinete a través de la ventana. Atrás vienen las vacas. El traqueteo de las pezuñas y el polvo alzado por las patas se hace más denso y blanco. De pronto, como una espiral, se forma un centro que empieza a desplazarse y se agranda en medio de una nube que a cada segundo aumenta de tamaño. El entrevero parece ensordecedor. Los toros barrocos cargan a pura aspa, los terneros gambetea, los demás arremeten como pueden. El rebenque vuela en medio de las atropelladas. Una cornada produce un hueco de unos metros que después vuelve a llenarse.

Buby sigue con la mirada perdida en la ventana. De espaldas me dice que se va a separar de su mujer. Y también que ella se puede quedar con el piso de Buenos Aires, a él no le importa nada.

—A veces pienso que me odia —dice y agrega—: Total, los chicos ya están grandes.

Lo que pasó le hizo entender que su lugar está acá y la mirada abarca el horizonte, el campo entero, el polvo alzado por las patas de las vacas.

—Sí, sí —dice como confirmando una decisión que hasta ahora no se había animado a tomar y de pronto se presenta inevitable como el final de un cuento.

Su torso a centímetros de mi cara. Olor a loción para después de afeitarse. A través de los ojos entrecerrados puedo ver cómo las pupilas se mueven y dilatan. Y de pronto siento que todo puede ser mío y son mis ojos los que abarcan el campo entero, el horizonte, el polvo alzado por las patas de las vacas. Le hago el jueguito de lengua y una sonrisa le cruza la cara. Buby intenta unos pasos con sus pies enfundados en las botas de carpincho y hasta hace una reverencia a un público ausente. Partículas de polvo se depositan en la raya del pantalón.

—Escuchá esto —dice y agarra un libro de la biblioteca. Lo abre y lee en voz alta—: «¿Nunca se le ha ocurrido que un hombre que casi no hace otra cosa que oír los pecados de los demás no puede desconocer el mal?». Chesterton —dice y deja el libro sobre la mesa.

Agarra una botella de agua mineral y toma un trago. Después prende el televisor. «Las asociaciones rurales decidieron continuar las medidas de fuerza disponiendo la ubicación de más piquetes en diversos puntos del país para bloquear las principales rutas e impedir el transporte de alimentos». La voz nasal del locutor me aturde. Inspiro. Largo el aire.

Buby se acerca para presionar *Velocidad* y ni siquiera escucho el viento que golpea contra las casuarinas cuando manoteo el cuchillo de plata labrada.